



Antes de que se enfríe el café

TOSHIKAZU KAWAGUCHI

Un rumor circula por Tokio... Oculta en uno de sus callejones hay una pequeña cafetería que merece la pena visitar no solo por su excelente café, sino también porque, si eliges bien la silla donde sentarte, puedes regresar al pasado. Pero como incluso lo increíble está sujeto a limitaciones, no podrás abandonar la cafetería mientras dure el viaje, para volver deberás beberte el café antes de que se enfríe y, hagas lo que hagas, el presente no cambiará.

A través de las emocionantes historias de cuatro clientes que deciden embarcarse en esta aventura por motivos diferentes, *Antes de que se enfríe el café* nos ofrece un relato atemporal sobre el amor, las oportunidades perdidas y la esperanza en un futuro que siempre está por llegar.

Prólogo

Corría la extraña leyenda urbana de que en cierta cafetería de cierta ciudad, si te sentabas en un asiento en concreto, podías viajar al tiempo que desearas durante el rato que estuvieras allí.

Pero ¡qué lata!

Había unas reglas muy engorrosas:

La primera regla establecía que si querías viajar al pasado, únicamente podías volver a hacerlo en esa cafetería para encontrarte con alguien que ya hubiera estado allí.

La segunda regla establecía que aunque volvieras al pasado, por mucho que te esforzaras, el presente no cambiaría.

La tercera regla establecía que si en el asiento en el que se volvía del pasado ya había una persona, solo podías sentarte en él cuando esta se levantara.

La cuarta regla establecía que mientras estuvieras en el pasado, no podías levantarte ni moverte del asiento.

La quinta regla establecía que únicamente podías permanecer en el pasado el tiempo que tardaba en enfriarse un café.

Pero esas no eran las únicas reglas engorrosas.

Según los rumores propagados por los clientes del establecimiento donde se había originado esta leyenda urbana, el lugar en cuestión era la cafetería Funikuri Funikura.

Si te dijeran que siguiendo estas reglas podrías volver al pasado, ¿qué harías?

He aquí cuatro historias maravillosas y esperanzadoras que tuvieron lugar en esa inusual cafetería:

1. Novios: la historia de una chica separada del chico con quien tenía pensado casarse.

2. Marido y mujer: la historia de un hombre que ha perdido la memoria y de su enfermera.

3. Hermanas: la historia de una hermana que huye de casa y de otra que come mucho.

4. Madre e hija: la historia de la embarazada que trabaja en esa cafetería.

Si pudieras volver atrás, ¿a quién visitarías?

1

Novios

–Bueno, tengo que irme... –murmuró él, evasivo y, a continuación, se levantó y cogió la maleta de mano que llevaba.

–¿Cómo?

Ella lo miró con el rostro desencajado. En ningún momento él había pronunciado siquiera la sílaba «ru» de la palabra «ruptura». Pero sí que había sido él, con quien llevaba casi dos años de relación, el que la había citado en aquella cafetería con el pretexto de tener «algo importante» que decirle. No solo le comunicó su repentino traslado a Estados Unidos por temas de trabajo, sino que después se fue sin ni siquiera pronunciar la sílaba «ru» de la palabra «ruptura», pero dándole a entender que ese «algo importante» significaba que rompían. Sin embargo, ella se había imaginado que ese «algo importante» era una propuesta de matrimonio.

–¿Qué? –respondió él balbuceante con otra pregunta y sin mirarla a los ojos.

–¿No piensas darme ninguna explicación? –le exigió ella con un tono enfadado por primera vez.

La cafetería en la que estaban teniendo esta conversación se encontraba en un sótano, por lo tanto no había ventanas. Estaba iluminada con seis lámparas de techo, tenía las paredes pintadas de color sepia y, cerca de la entrada, había una única lámpara de pared. Por eso, la única manera de saber si era de día o de noche allí dentro era mirando el reloj.

En el interior de esa cafetería había tres relojes de pared grandes y antiguos. Sin embargo, sus manecillas mar-

caban horas distintas. Los clientes que entraban allí por primera vez no sabían si aquello estaba hecho a propósito o si, sencillamente, los relojes no funcionaban bien. Así que, al final, acababan mirando la hora en el suyo.

Y eso mismo fue lo que hizo él.

Consultó el reloj de pulsera e hizo una pequeña mueca con el labio inferior a la vez que se rascaba encima de la ceja derecha.

—¡Oye! ¿Se puede saber qué has querido decir con esa mueca? —preguntó ella de muy mal humor al ver aquella expresión en su rostro.

—No he hecho nada —respondió él vacilante.

—¡Claro que sí! —exclamó ella absolutamente impotente.

—Mmm...

Él volvió a hacer una segunda mueca con el labio inferior y a continuación se quedó mirándola a los ojos sin articular palabra.

—¿Así es como piensas decírmelo? —le preguntó ella enfadada ante una actitud tan cobarde.

Ella apartó la mirada, observó que el café se le había enfriado y lo alcanzó con la mano. No era más que un café frío que ya tenía azúcar, pero el hecho de que hubiera dejado de estar caliente hizo que su estado de ánimo decayera todavía más.

El chico miró el reloj de pulsera por segunda vez. La hora de embarque se acercaba y ya debería haber salido de la cafetería. Sin poder conservar la compostura, volvió a rascarse la ceja derecha. Al ver que estaba tan preocupado por la hora, ella perdió la paciencia y soltó la taza con brusquedad. Como lo hizo con demasiada fuerza, la taza y el platillo emitieron un chasquido muy sonoro al caer que le sobresaltó.

Se toqueteó el pelo con la misma mano con la que había estado rascándose la ceja derecha. A continuación, respiró hondo y se sentó en la silla de enfrente de la chica

con lentitud. Ya no mostraba aquella actitud vacilante que lo había caracterizado hasta ese momento.

Al percibir que algo había cambiado en el ambiente, ella lo miró perpleja y, después, apartó la mirada y la clavó en la mano que tenía apoyada sobre el regazo.

Él estaba preocupado por la hora, así que no esperó a que ella volviera a alzar la cabeza.

–Mira... –empezó a decir.

Ya no tenía esa voz temblorosa que lo hacía difícil de entender, sino que en su tono había firmeza.

Sin embargo, ella lo interrumpió sin dejarle acabar la frase:

–¿Por qué no te vas? –soltó cabizbaja sin pensarlo.

Era ella la que había pedido explicaciones, pero ahora las estaba rechazando abiertamente. Aquella reacción lo pilló desprevenido y se quedó pasmado, como si el tiempo se hubiera detenido.

–Se te está haciendo tarde, ¿no? –insistió ella como si fuera una niña pequeña enfadada.

Él se quedó perplejo, incapaz de entender qué sentido tenía aquello. Incluso ella misma se debió de dar cuenta de que había hablado con un tono infantil porque, a continuación, apartó la mirada avergonzada y se mordió el labio.

Sin hacer el menor ruido, él se levantó de la silla y llamó la atención de la camarera que había en la barra con un hilillo de voz:

–La cuenta, por favor.

Él cogió el recibo, pero ella se lo quitó de las manos.

–Déjame, yo me quedo.

Con esa frase quería decir que ya pagaba ella, pero el chico, cansado, le arrebató la cuenta y se dirigió hacia la caja.

–Cóbrelo todo junto.

–Que no –murmuró ella desde la silla, y a continuación alargó la mano hacia el chico.

Sin embargo, él no hizo siquiera el ademán de mirarla y sacó un billete de mil yenes de la cartera.

–Quédate con el cambio –le dijo a la camarera entregándole el billete con la cuenta y, por un instante, se volvió hacia ella con un aire de tristeza en el rostro y, sin decir nada más, se fue arrastrando la maleta de cabina.

¡*Tolón, tolón!*



–Ya hace una semana de eso –dijo Fumiko Kyokawa, y a continuación respiró lentamente, deshinchándose como un globo, y se reclinó sobre la mesa con flojera; por suerte, no golpeó la taza de café que tenía enfrente al hacerlo.

La camarera y la clienta sentada en la barra, que hasta ese momento habían escuchado en silencio la historia de Fumiko, se miraron.

Al parecer, les acababa de relatar con todo tipo de detalles lo que le había sucedido hacía una semana en esa misma cafetería.

Fumiko en su época de estudiante de secundaria ya dominaba seis idiomas, que había aprendido de forma autodidacta; luego se había graduado en la prestigiosa Universidad de Waseda con las mejores notas de su promoción, había entrado a trabajar en una gran empresa de informática en Tokio especializada en sistemas de salud y, tras dos años allí, ya dirigía varios proyectos. Es decir, Fumiko era una mujer con una exitosa carrera profesional.

Sin lugar a dudas, aquel día había ido a la cafetería directamente desde el trabajo, porque vestía una camisa blanca, un abrigo negro, medias y un traje de chaqueta normal y corriente.

Sin embargo, en ella no había nada de normal y corriente. Parecía una *idol*: tenía los rasgos marcados, los la-

bios finos y llevaba una preciosa media melena negra y brillante que la dotaba de un aura luminosa como la de un ángel. Incluso con la ropa puesta, era fácil imaginarse sus extraordinarias proporciones. Como si se tratara de una modelo salida de una revista, su belleza atraía las miradas de todo el mundo.

Fumiko era una de esas mujeres que están dotadas de verdad tanto de inteligencia como de belleza. No obstante, ella no tenía precisamente esa percepción de sí misma, pues vivía entregada a su trabajo. Por supuesto, no se podía decir que no hubiera salido nunca con ningún chico. Simplemente, lo que más la atraía era el trabajo. Le gustaba hasta tal punto que tan solo con eso ya se sentía plena.

«Mi trabajo es mi pareja», había dicho a multitud de hombres rechazándolos a modo de presentación, como quien se sacude el polvo de encima.

Su pareja, Gorō Katada, era ingeniero de sistemas y trabajaba en una empresa no demasiado grande que, al igual que la de Fumiko, estaba especializada en el ámbito sanitario. Tenía tres años menos que Fumiko y empezaron a salir hacía dos años, después de que ambos hubieran coincidido en un proyecto de trabajo. Bueno, en realidad, ya no estaban juntos.

Cuando Gorō quedó con Fumiko hacía una semana con el pretexto de que tenía «algo importante» que decirle, ella se había plantado en el lugar de la cita ataviada con un elegante vestido por debajo de las rodillas de color rosa pálido, un abrigo de entretiempo beige y unas bailarinas blancas. Huelga decir que, por supuesto, los hombres con los que se encontraba por la calle no podían evitar clavar la mirada en ella. Sin embargo, hasta que conoció a Gorō en el trabajo, Fumiko no había llevado nunca otro tipo de ropa que no fuera un traje. También a las citas con Gorō solía ir vestida así, puesto que a menudo se veían después del trabajo. Pero, como le había dicho que tenía «algo importante» que comunicarle, Fumiko había

decidido ponerse un vestido especial. Se había hecho ilusiones con lo que podría pasar en la cita, así que se había comprado ropa para la ocasión. Por desgracia, en la romántica cafetería en la que se habían citado, encontraron un cartel que indicaba que el local estaba cerrado temporalmente. Como en ese establecimiento todas las mesas estaban en reservados, Fumiko había supuesto que era un lugar perfecto para mantener una conversación sobre «algo importante» y, de hecho, Gorō también había parecido decepcionado al encontrarlo cerrado. Como no podían hacer nada al respecto, se habían puesto a buscar otro local que fuera apropiado para la ocasión hasta que, en un callejón por el que transitaba poca gente, habían visto el letrero de una cafetería. Como esta se encontraba en un sótano, no tenían ni idea de cómo sería el ambiente, pero, cautivados por el nombre, que citaba la letra de una canción de cuando eran niños, habían decidido darle una oportunidad.

Al entrar en la cafetería, Fumiko se había arrepentido de inmediato. Era más pequeña de lo que se imaginaba. En el interior del local había una barra con tres asientos y tres mesas con dos sillas. Es decir, bastaban tan solo nueve personas para llenar el local. Aquella «importante» conversación que había suscitado tantas expectativas en Fumiko, si no la tenían en voz muy baja, podrían oírla el resto de los clientes. Además, las pocas lámparas que iluminaban el local y el color sepia de las paredes no eran de su agrado.

Un lugar para negocios turbios.

Esa fue la primera impresión que había tenido Fumiko de la cafetería. Mientras observaba el local con mirada escrutadora, se habían sentado con timidez en una de las mesas para dos que estaba libre. En el interior de la cafetería había tres clientes y la camarera. En la mesa más alejada había una mujer con un vestido blanco de manga corta que leía un libro tranquilamente; en la que había al

lado de la entrada, un hombre sin ningún tipo de atractivo estaba escribiendo unas notitas con información que extraía de una revista de viajes abierta. La mujer sentada en la barra llevaba una camisola de color rojo intenso y unas mallas verdes. En el respaldo de la silla tenía colgado un sobretodo de quimono y llevaba un rulo en el pelo. Por alguna razón, la mujer esbozó una sonrisa al ver a Fumiko y a Gorō. Asimismo, de vez en cuando, mientras los dos jóvenes hablaban, la mujer le decía algo a la camarera, que se encontraba al otro lado de la barra y se reía a carcajada limpia.



—Ya entiendo —comentó la mujer del rulo al oír la explicación de Fumiko.

Aunque, en realidad, no comprendía nada. Simplemente pronunció esa muletilla en una pausa de la historia para dar a entender que la escuchaba.

La mujer del rulo se llamaba Yaeko Hirai. Aquel año acababa de cumplir los treinta, vivía en el barrio y era una de las clientas habituales de la cafetería. No había día en que, antes de ir al trabajo, no pasara por allí a tomarse un café. Aquel en concreto también llevaba el rulo, pero vestía prendas distintas que la semana anterior. Llevaba un top amarillo con los hombros totalmente al descubierto, una minifalda de color rojo intenso y unas mallas de un vívido color lila. Hirai escuchaba la historia de Fumiko sentada con las piernas cruzadas.

—Esto ocurrió hace una semana. Os acordáis, ¿verdad? —le preguntó Fumiko a la camarera mientras se ponía de pie y se acercaba a la barra.

—Sí, bueno... —respondió la camarera con expresión de perplejidad y sin mirarla a los ojos.

La camarera se llamaba Kazu Tokita. Kazu era la prima del dueño de la cafetería y compaginaba el trabajo con los estudios universitarios de Bellas Artes. Tenía un rostro bello, la tez clara y los ojos almendrados, pero ningún otro rasgo característico. Aunque estuvieras delante de ella, si cerrabas los ojos olvidabas rápidamente qué tipo de cara tenía. En pocas palabras, pasaba desapercibida. Parecía que no estuviera presente. A Kazu no le gustaba interactuar con el resto de las personas y, debido a eso, tenía pocos amigos, aunque nunca la había preocupado.

—¿Y qué ha sido de él? ¿Dónde está ahora? —preguntó Hirai con desinterés mientras jugueteaba con su taza de café.

—En Estados Unidos —respondió Fumiko, y a continuación hinchó las mejillas.

—Es decir, que ha escogido el trabajo —dijo Hirai yendo al grano sin mirar a Fumiko a la cara.

—¡No es eso! —negó Fumiko agrandando los ojos.

—¿Perdón? ¡Claro que sí! Se ha marchado a Estados Unidos, ¿no? —replicó Hirai con cara de estupefacción.

—¿Es que no has entendido lo que acabo de contar? —objetó Fumiko con desesperación.

—¿El qué?

—¡Que me venció el orgullo y no le pedí que se quedara!

—Pues si tú misma lo reconoces —dijo Hirai a la vez que se echaba hacia atrás con tanto ímpetu que casi se cayó de la silla.

Fumiko hizo caso omiso de la reacción de la mujer del rulo.

—Tú me comprendes, ¿no? —le preguntó entonces a Kazu en busca de apoyo.

Esta se mostró pensativa durante unos segundos.

—Es decir, ¿que en realidad no querías que se fuera a Estados Unidos? —replicó Kazu yendo también directa al grano.

–Claro, eso es, pero...

Hirai observó a Fumiko con regocijo ante su dubitativa respuesta.

–No te entiendo –la interrumpió esta cortante.

Seguramente, si Hirai hubiera estado en el lugar de Fumiko, se habría puesto a llorar y a gritarle que no se fuera. Aunque, por supuesto, habrían sido lágrimas de cocodrilo porque, según la teoría de Hirai, llorar es un arma de mujer.

Con los ojos brillantes, Fumiko volvió la mirada hacia Kazu, que estaba al otro lado de la barra.

–Sea como fuere, ¡haz que vuelva atrás a ese día de hace una semana, por favor! –imploró Fumiko con semblante serio.

A Hirai, oír aquello le pareció cosa de locos.

–Por favor –murmuró Hirai mientras miraba la cara de desconcierto que había puesto Kazu.

–Bueno, vale –se limitó a decir esta sin articular ni una palabra más.

Hacia unos años aquella cafetería se había hecho famosa por una leyenda urbana de que en ella era posible volver al pasado, aunque por aquel entonces el rumor no había suscitado ningún interés en Fumiko y se le había borrado de la memoria. Había sido realmente una casualidad que hubieran entrado en aquella cafetería una semana atrás.

La noche anterior, Fumiko había estado viendo un magacín televisivo. Al principio del programa oyó que el presentador comentaba algo sobre leyendas urbanas y, como si un rayo le atravesara el cerebro, aquella cafetería le vino a la cabeza. Se acordaba de forma vaga de todo, excepto de una frase clave: «La cafetería donde se puede viajar al pasado».

«Si volviera al pasado, quizá podría arreglarlo. Tal vez podría hablar de nuevo con Gorō». Ese ingenuo pensamiento había resonado tantas veces en la cabeza de Fu-

miko que al final había acabado perdiendo la capacidad de razonar. A la mañana siguiente, se había olvidado hasta de desayunar y, a pesar de que había ido al trabajo, le había costado mucho concentrarse y no podía dejar de pensar en la hora de salir. Quería que los segundos pasaran más rápido. Durante el trabajo, estuvo tan distraída que hasta sus compañeros le preguntaron si se encontraba bien e incluso cometió varios errores leves. Al acercarse el fin de la jornada laboral, su nerviosismo llegó a cotas máximas. Tardó treinta minutos en llegar desde la oficina, primero en tren y luego a paso rápido desde la estación a la cafetería, donde llegó sin aliento.

–Hazme volver al pasado, por favor –le espetó a Kazu sin que esta pudiera ni siquiera saludarla.

A continuación, les había contado la historia de cabo a rabo con el mismo ímpetu.

Sin embargo, Fumiko se quedó dubitativa al ver cómo reaccionaban aquellas dos mujeres que tenía delante: Hirai solo la observaba con una sonrisa en el rostro, mientras que Kazu evitaba mirarla a los ojos, aunque su expresión era de serenidad.

Además, si realmente fuera posible volver al pasado, el lugar estaría a rebosar de gente, pero allí solo estaban las mismas personas que la semana anterior: la mujer del vestido blanco, el hombre de la revista de viajes, Hirai y Kazu.

–Porque se puede volver al pasado, ¿verdad? –dijo Fumiko con impaciencia.

Pensó que quizá habría sido mejor haber empezado por aquella pregunta, pero ya era tarde para eso.

–¿Es posible? –le insistió Fumiko a Kazu, que seguía al otro lado de la barra.

–Esto, bueno... –respondió Kazu con vaguedad, todavía sin mirarla a la cara.

Sin embargo, tan pronto como oyó aquella respuesta, a Fumiko se le iluminaron los ojos. «No es un no», pensó. No era un no. De repente se puso nerviosa.